

*Ecos mitográficos en Clama el silencio  
de Salvador García Aguilar.  
De Homero a Grimal (\*)*

M.<sup>a</sup> Consuelo ÁLVAREZ  
Rosa M.<sup>a</sup> IGLESIAS  
Universidad de Murcia

RESUMEN

Este trabajo trata de delimitar los dos métodos empleados por el escritor murciano García Aguilar en su obra narrativa *Clama el silencio*: por un lado la utilización de la *Iliada*, epos por el que se siente influido desde su niñez, para configurar la Troya asediada y los pensamientos de los héroes troyanos, con Héctor a la cabeza, y por otro su peculiar uso de los lemas de personajes de la saga trojana del *Diccionario* de Grimal, a fin de ofrecer su particular visión de Troya y caracterizar a sus personajes con datos que no encuentra en la epopeya homérica.

SUMMARY

In this paper we attempt to define the methods used by the writer from Murcia García Aguilar in his narrative text *Clama el silencio*. On the one hand, he resorts to an epic poem which had an influence on him since childhood: the *Iliad*. This is applied to give shape both to the images of besieged Troy and to the Trojan heroes' ways of thinking, particularly Hector's. On the other, he makes use of Grimal's *Dictionary*, especially the entries on characters from the Trojan saga, in order to construct his personal view of Troy and to depict the characters in the narrative text with further data which was not traceable in the Homeric epic.

---

(\*) Este trabajo se inserta en el PS95-0212, *Fuentes y Pervivencia de la Mitología Clásica II*, subvencionado por la DGES.

Junto a las dificultades de adscripción a un género literario determinado<sup>1</sup>, *Clama el silencio*, obra del escritor murciano Salvador García Aguilar<sup>2</sup>, muestra una mezcla de dos métodos muy distintos en la utilización de las fuentes: por un lado, la lectura sistemática, aunque en traducción, de la *Ilíada*, epos que el autor confiesa haber leído y releído a lo largo de más de cincuenta años, cautivado por el personaje de Héctor y su destino trágico; por otro, el uso del *Diccionario de la Mitología Griega y Romana* de Pierre Grimal<sup>3</sup> para extraer aquellos datos ausentes de la epopeya homérica y que le son imprescindibles para configurar su particular visión de Troya. A estos dos métodos vamos a dedicar las páginas que siguen, puesto que lo relativo a las novedades que hay en la obra con relación a la tradición mitográfica y que se deben, naturalmente, a la imaginación del autor han sido objeto de nuestra atención en otro lugar<sup>4</sup>.

1. El perfecto conocimiento que García Aguilar tiene de la *Ilíada* es del todo evidente cuando resume o parafrasea determinadas situaciones, lo que se constata sobre todo en los parlamentos que tienen como narrador a Corino<sup>5</sup>. De ello puede ser ejemplo el capítulo primero, extracto casi perfecto de los libros XI-XXII de la epopeya, en el que se hace hincapié<sup>6</sup> en cómo Héctor «derribó la puerta con un gigantesca piedra que sólo el furor de la locura, al filo del debate entre la vida y la muerte, hizo posible levantar» (= *Il.* XII 445-467), en el deseo de los troyanos, y naturalmente de Héctor, de «prender fuego en la primera nave, la que trajera al arrogante Protesilao, sobre cuya popa colocó su mano para recrearse en el regocijo de las llamas» (= XV 700-706), se recuerda a Patroclo con las armas de Aquiles, «aquella inconfundible y odiada armadura que durante años le había cegado [a Héctor], con cimera de largas y hermosas crines en la cabeza del ágil guerrero que acudía sobre el carro» (=XVI 130-139), y la gran mortandad que, gracias a ella y a su valor causó el supuesto Aquiles entre los troyanos, razón por la que «acumulaba sobre su cuerpo numerosas heridas que iban restándole vigor;

---

<sup>1</sup> A lo que aludimos en R. M.<sup>a</sup> Iglesias-M.<sup>a</sup> C. Álvarez, «La Troya de Salvador García Aguilar en *Clama el silencio*», *Actas del Congreso Contemporaneidad de los clásicos: La tradición greco-latina ante el siglo XXI*, celebrado en La Habana del 1 al 5 de diciembre de 1998, en prensa.

<sup>2</sup> S. García Aguilar, *Clama el silencio*, Murcia 1990.

<sup>3</sup> Citado en lo sucesivo como Grimal.

<sup>4</sup> Cf. nota 1.

<sup>5</sup> De él hablaremos más adelante.

<sup>6</sup> En las pp. 14-22.

llegó a juzgar prudente retroceder un tanto para recuperarse. Momento aprovechado por Héctor para envasarle la lanza en el vientre» (= XVI 816-822), las últimas palabras de Patroclo al causante de su muerte: «¡No te envanezcas con mi muerte, Héctor! (=XVI 844: ἤδη νῦν, Ἑκτορ, μεγάλ' εὐχεο:), pues en mí contemplas la prefiguración del final que te aguarda impaciente» (= 852-853: οὐ θην οὐδ' αὐτὸς δηρὸν βέη, ἀλλὰ τοι ἤδη / ἔγχι παρέστη-κεν θάνατος καὶ μοῖρα κραταιή), la alusión a la muerte de Cebriones que previamente había ocasionado el Menecíada (= XVI 733-754), los distintos avatares que rodean la lucha en torno al cadáver de Patroclo (XVII), que los griegos, acorralados por los troyanos, iban acercando a las naves hasta que «la desesperación dictó a los capitanes argivos un intento arriesgado: Menelao y Meriones levantaron el cuerpo y retrocedieron mientras ambos Ayaces, cubiertos por sus escudos y esgrimiendo las picas cerraban el paso a los perseguidores»; en lo que a los teucros se refiere, se destaca que «el valiente Eneas realizaba prodigios de valor al lado de Héctor». Termina el capítulo con una innovación: Aquiles aparece sin armadura en lo alto del muro y su sola presencia determina la retirada y el miedo de los troyanos, reacción que en realidad corresponde a la provocada por la reincorporación de Aquiles al combate con las nuevas armas (XX 44-46), todo ello prefigurando la muerte de Héctor (XXII).

El mismo tipo de análisis podríamos hacer del último monólogo de Corino<sup>7</sup>, donde rememora el combate, ante la muralla y más tarde junto a las naves. Tras referirse a Sarpedón y Glauco al frente de los licios (XII 290-330), evoca otra vez que Héctor lanza una enorme piedra y luego sigue luchando con sus armas (XII 445 ss.), que el avance es obstaculizado por Idomeneo (XIII 330 ss.), quien lucha «como un león», si bien por lo general en la epopeya es comparado a un jabalí<sup>8</sup>, y que «ya no era joven; su barba y melena aparecían salpicadas de blancos cabellos, pero aún luchaba infatigable como un dios» (=XIII 361-362), por lo que causa múltiples bajas entre los teucros: a Otrioneo, valeroso defensor de la causa troyana con el único objetivo de conseguir el amor de Casandra (= 363-369), lo mata y lo arrastra cogiéndolo de un pie (383-384), se enfrenta a Asio, que había acudido en ayuda de Otrioneo (384-393), esquiva la lanza de Deífobo que se clava en el Hipásida Hipsénor (402-416), «de lo que se ha vanagloriado Deífobo al proclamar que el alma de Asio no descenderá sola al Hades»

<sup>7</sup> Que está en pp. 242-250.

<sup>8</sup> Cf. IV 254 y XIII 471-475.

(= 414-416: οὐ μὲν αἶψ' ἄτιτος κεῖτ' Ἴσσιος, ἀλλὰ ἐφημι / εἰς Ἴτιδος περὶ ἴοντα πυλάρταο κρατεροῖο / γηθήσειν κατὰ θυμόν, ἐπεὶ ῥά οἱ ὄπασσα πομπόν); se hace mención de Polidamante y su costumbre de dar consejos; en esta ocasión advierte a Héctor de la conveniencia de que «retroceda en busca del consejo, y no persista en el inútil intento de alcanzar las naves» (=726-747), siendo ésta una de las pocas ocasiones en que, como es usual en la *Iliada*, «encuentra Héctor razonable los consejos de Polidamante»<sup>9</sup>. A continuación, Héctor busca a Adamante y a Deífobo que ha sido herido y llevado a la ciudad. Van cayendo héroes... (758-783), Héctor, que, ante tantas muertes, piensa que sólo puede dignificar la muerte de tantos teucros con la suya propia, va al lugar donde más arrecia la lucha, donde combaten Cebriónes, Polidamante, Falces, Orteo y otros muchos (= XIII 789-794), es retado por Ajax, quien en un posterior enfrentamiento lo hiere con una piedra, pero el Priámda es salvado por sus amigos, que lo llevan herido a la ciudad (XIV 401-440), donde mejora tanto y tan rápidamente<sup>10</sup> que regresa a la batalla y hace que cambien los ánimos de los contendientes: los teucros se reaniman y los griegos «se sienten poseídos de espanto; al considerarle muerto, creen luchar contra una aparición» (= XV 277-289); Héctor, animando a los suyos, se dirige hacia las naves, donde están Idomeneo, Teucro y Meríones (XV 301-302), se enzarzan de nuevo griegos y troyanos en un encarnecido combate junto a la nave de Protesilao (=XV 704 ss.), combate en el que «todavía Áyax Telamonio y Teucro luchan como dos tigres cercados por tan gran número de troyanos que apenas si logran eludir la caratata de golpes que reciben (= XV 726-746, aunque tan sólo se nombra a Áyax, junto al que Teucro había luchado con anterioridad).

No sólo en las descripciones de batalla se observa la admiración-homenaje-utilización de la *Iliada*. Lo mismo ocurre cuando, también en boca de Corino<sup>11</sup>, leemos una descripción de las habilidades de Ulises en todo coincidente con la que de él hacen Helena y Anténor en *Il.* III 200-224: «Es Ulises, antes que soberano de Ítaca, rey de la astucia, ingenioso, rico en recur-

<sup>9</sup> Pero no así en *Clama el silencio*, pues cuando, esta vez en un monólogo de Héctor, p. 240, Polidamante aconseja prescindir de los carros para salvar el foso a pie (= XII 60-79), Héctor, al recordar sus palabras, lo tacha de fatuo y excesivamente hablador, muy ufano con sus aciertos, por más que sean menores que sus yerros, en tanto que en el texto de la epopeya que inspira el pasaje es considerado prudente y acertado.

<sup>10</sup> Está prácticamente ausente en *Clama el silencio* la intervención divina. Por tanto, no hay alusión a los ánimos que Apolo insufla en Héctor.

<sup>11</sup> En las pp. 158-159.

sos, estratagemas y traiciones, poseído de doblez como diplomático y vil cuando es necesario, rencoroso y vengativo, atento a cuanto le permita medrar... Mago de la palabra, persuade con sagaces argumentos y sus ingeniosas tretas abren todos los senderos.», etopeya que completa el retrato físico del personaje, hecho capítulos atrás<sup>12</sup>: «posee una figura que oculta su reconocida astucia, a la vez que su atlética complexión podría identificarle con un leñador», sin duda inspirado en las palabras de Príamo, que, al señalar al personaje (III 193-198), propicia la descripción antes citada.

No olvida García Aguilar los catálogos de guerreros: así Héctor hace un somero recuento de los nuevos contingentés de aliados que auxilian a los troyanos<sup>13</sup> y Corino los enumera<sup>14</sup>, unas veces con más detalles y otras con menos que su modelo, reunidos en la colina Batiea (II 811 ss.), pues recuerda que «Héctor saluda al famoso y valiente Eneas<sup>15</sup>, quien mantiene a su lado a Arquíloco y Acamante, seguido por los dardanios (II 819-823). A Pándaro, al frente de los teucros (824-827). Adresto y Anfio (828-834), a Asio Hirtácida (835-839), a Hipótoo y Pileo al mando de los pelagos (840-843), a Acamante y Píroo junto a los famosos tracios (844-845), cuya alta cresta de cabellos crecidos sobre lo más alto de la cabeza les proporciona apariencia de casco; a Eufemo, acompañado de los paflagones<sup>16</sup>, a Odio y Epístrofo, que comandan a los halizones (856-857); Crómide y Énnomo rodeados de los valientes misios (858-861) que no pudieron evitar, al encontrarse entre nosotros, el asalto de su ciudad efectuado por Aquiles; Forcis y Ascanio a la cabeza de los valientes frigios (862-863) que combaten desde los carros causando estragos entre los infantes argivos; a los peonios armados de corvos arcos manejados con virtuosa habilidad, dirigidos por Mestles y Ántifo<sup>17</sup>, a los carios, que utilizan la honda como un brazo prodigioso de larguísimo alcance, dirigidos por Nastes y Anfímao con los carios (867-875), a Sarpedón y Glauco, valerosos capitanes de los infatigables licios (876-7)», catálogo en el que añade a los Priámidas, con Paris a la cabeza<sup>18</sup>, quien muestra un afán bélico desconocido.

<sup>12</sup> En la p. 102.

<sup>13</sup> En p. 143.

<sup>14</sup> Al que le dedica las pp. 213-214.

<sup>15</sup> Al contrario que en el catálogo homérico, no se le presenta como el hijo que Afroditá tuvo de Anquises.

<sup>16</sup> Pero en II 846 Eufemo va con los cícones y es Pilémenes (851-855) el que dirige a los paflagones.

<sup>17</sup> Evidente error de lectura, ya que en II 864 dirigen a los Meonios.

<sup>18</sup> Si bien en II 816 ss. es Héctor el que está al mando de ellos.

No falta el catálogo de las naves griegas que está en boca de Ulises e inspirado en *Il.* II 484 ss. No nos vamos a detener en él dada su extensión<sup>19</sup>; digamos tan sólo que sigue el mismo método que para el contingente troyano, con la salvedad de que junto a Áyax Telamonio incluye a su hermanastro Teucro, que no aparece en el inventario homérico, y que cierra el catálogo Aquiles, que no ocupa tal lugar en la epopeya.

Podríamos seguir aduciendo ejemplos de este tenor, como las visitas que Héctor realiza a su familia, que culminan en la famosa escena de la despedida de su esposa e hijo, siguiendo el canto VI<sup>20</sup>, pero con las muestras presentadas creemos haber dejado constancia del notorio dominio que García Aguilar tiene de la *Ilíada* y que se pone asimismo de manifiesto cuando se sirve de ella a fin de crear escenas en contextos diferentes de aquellos en los que se inspira. También es en los parlamentos de Corino donde encontramos pruebas de ello. Por ejemplo, al hablar de cómo Hécula tiene una actitud de superioridad con relación a las concubinas e intenta ejercer presión sobre Príamo en detrimento de los hijos bastardos, advierte que el rey no se deja dominar y que «aún ama hoy tiernamente a la bellísima Laótoe, de plácido seno, en quien buscó la paz que había perdido; de su vientre nació Polidoro, el más joven entre los cincuenta descendientes después de haber parido Hécuba diecinueve»<sup>21</sup> extrayendo los datos de contextos tan distintos como el recuerdo que Licaón tiene de su hermano Polidoro, ya muerto (XXI 85), o la añoranza de Príamo al constatar la ausencia (XXII 48) del más pequeño de sus hijos, al que por ello le había prohibido combatir (XX 407-410), o los lamentos de Príamo cuando, una vez muerto Héctor, hace un recuento de sus vástagos, cincuenta en total, cuántos tuvo de Hécuba y cuántos le quedan (XXIV 495-497). Y en el capítulo a él dedicado, el propio Príamo<sup>22</sup> hace referencia a esto mismo, recordando «larga descendencia conseguí con las concubinas a las que jamás he considerado esclavas. A Laótoe (XXI 88 y XXII 48) y Castianira (VIII 305), entre muchas, guardo junto a mi corazón, aunque provoque el secreto enfado de Hécuba» .

A su vez Casandra, cuya presencia en la *Ilíada* es prácticamente inapreciable, es, en cambio, una figura llena de dinamismo y casi motor de los he-

---

<sup>19</sup> Abarca las pp. 104-105; afirma Ulises que sólo enumera a los héroes de mayor renombre, en tanto que en el texto homérico que reproduce se dice enumerarlos a todos.

<sup>20</sup> De las pp. 224-227

<sup>21</sup> En p. 83.

<sup>22</sup> En p. 230.

chos en *Clama el silencio*. Actúa siempre en defensa de los intereses de su hermano Héctor, al que protege de las intrigas del bando encabezado, entre otros, por Paris y por eso, dice Corino<sup>23</sup>, «sus ojos persiguen al ladino Antifonte, que se oculta para reunirse con Pándaro, famoso por su habilidad en el manejo del arco, hijo de Licaón, llegado al mando de los teucros de Zalea», datos que provienen directamente del catálogo (II 824-827), sin que haya indicio alguno de simpatías o enemistades, si bien será Pándaro, instigado por Atenea para obtener el favor de Paris, el que rompa la tregua lanzando una flecha contra Menelao (IV 86-125).

Cassandra insiste una y otra vez en lo perjudicial que es para Troya la presencia de Helena y, por ende, en lo conveniente que sería que fuera entregada a su marido Menelao; así lo proclama tanto en público, al deambular por las calles de Ilio, como en privado en el palacio de Príamo; en estas reuniones familiares dan también su parecer, en todo coincidente con el de Cassandra aunque por razones distintas, algunas hijas del anciano rey<sup>24</sup>; entre ellas Medicaste, hija bastarda de Príamo que había venido de Pede a Troya acompañando a Imbrio, porque teme la muerte de su esposo, una muerte que, en efecto, se producirá a manos de Teucro en *Il.* XIII 170-182; igualmente Laódice, «la más hermosa de las hijas de Príamo» (= III 124: Λαοδίκη, Πριάμοιο θυγατρῶν εἶδος ἀρίστην), comparte los sentimientos de sus hermanas, pues teme por la suerte de su marido Helicaón, matrimonio del que tenemos noticias en *Il.* III 122-124, al relatar cómo Iris se presenta ante Helena bajo la apariencia de su cuñada. Los lugares y contextos en que estas hermanas aparecen son del todo distintos, pues en el poema homérico ni dan su opinión ni están reunidas con la familia real troyana.

También podemos aducir otra anécdota de esas mismas reuniones: sabedor de que cuenta con el respaldo de Príamo, Paris se burla de las premoniciones de Cassandra y la compara con Esténtor, que tenía un vozarrón «es-tentóreo» como cincuenta hombres, dato extraído de *Il.* V 785, pero sin que en modo alguno esté relacionado con la joven.

Fuera de los monólogos de Corino, en uno de Héctor<sup>25</sup> dice el héroe: «asegura Cassandra que era Aquiles conocedor de su destino cuando prefirió breve vida pero intensa de gloria. Sabe que ha de morir en esta guerra, pero se promete a sí mismo que ocurrirá después de haber destruido Troya», tomándolo directamente de IX 410-416, si bien allí es Aquiles quien cuenta

<sup>23</sup> Así en p. 186.

<sup>24</sup> En pp. 187-188.

<sup>25</sup> En la p. 100.

que así lo dice su madre. También narra Héctor<sup>26</sup> que al volver él del campo de batalla «Areto ha tomado las bridas y conduce los caballos al extremo, los desunce y sitúa junto a los otros que también descansan y comen», lo que no deja de sorprendernos porque en la única ocasión en que aparece este Priá-mida en la *Iliada* es en XVII 494-535, cuando se describe su salida junto con Cromio acompañando a Héctor y Eneas con la intención de robar los caballos del Éacida y su muerte a manos de Automedonte.

2. Si hasta aquí hemos constatado la utilización directa de la *Iliada*, en dos direcciones siempre dignas de encomio, no podemos decir lo mismo del segundo de los métodos empleados por García Aguilar, pues en modo alguno pueden estar en un mismo nivel una obra mitográfica determinada y un artículo de un diccionario mitológico que aúna las versiones de diferentes obras literarias expurgadas para la confección de cada una de las voces, sin delimitar los datos pertenecientes a múltiples versiones de una misma leyenda. Es bien cierto que *Clama el silencio* es una obra de ficción y, por ende, debe respetarse la libertad del autor, pero eso no impide para que critiquemos desde un punto de vista filológico este procedimiento. Ofreceremos tan sólo unas muestras de este quehacer.

En el apartado anterior nos hemos estado refiriendo continuamente a Corino como el narrador más importante de la obra; pues bien, se trata de uno de los troyanos vencidos que regresa a su patria al cabo de los años y recuerda aquellos acontecimientos de los que fue testigo presencial. Parecería que García Aguilar está pensando en Corino como un trasunto de Dares Frigio. Pero, como se deduce de su «apenas si unas líneas recordarán mi nombre en alguna crónica anónima»<sup>27</sup>, ha sacado este autor del diccionario de Grimal quien, remitiéndose a la autoridad de Suidas, lo sitúa en la época de la guerra de Troya y le atribuye una *Iliada* que habría sido modelo de Homero; el mismo dato aparece en el *Lexikon* de Roscher, quien así mismo cita a Suidas y añade como garante Schol. Nic. Ther. 15.

Otro personaje que, ausente de la *Iliada*, tiene un papel preponderante en *Clama el silencio* es Antifonte, cabecilla de los bastardos que se oponen a Héctor. El nombre ha sido tomado, sin duda, de Grimal, 452 b («Priamo»), donde, tras decir que se reproduce la lista de los nombres de los hijos de Priamo tenidos con Hécuba y con las concubinas, según Apolodoro, el estu-

<sup>26</sup> En p. 44.

<sup>27</sup> Así en p. 11.



dioso francés apostilla: «tal vez haya que añadir los de Antifonte y Dío, citados en la *Ilíada*»; sin embargo, insistimos en que en la epopeya no aparece tal nombre y los únicos semejantes son el del legítimo Antifo (Ἄντιφος), citado en su lugar por Grimal, y Antífono, del que se habla en XXIV 250, sin que quede claro si se trata de un bastardo o de un hijo de Hécuba, pues se mezclan unos y otros, entre los que puede haber un Dío<sup>28</sup>.

En el mismo lema de Grimal, «Príamo», y en la misma columna encontramos el error de llamar «Hirteo» al esposo asignado por Príamo a Arisbe, cuando la repudió, nombre que recoge García Aguilar en un texto casi idéntico al del *Diccionario* («a su primera esposa, Arisbe, la entregó a Hirteo para casarse de nuevo con Hécuba») <sup>29</sup>, que traduce a Apollod. III 12, 5, en que el nombre es Ὑρτάκος, que se repite en *Ep.* III 5; está claro, pues, que la secuencia *-ac-* ha sido entendida como *-ae-*, y de ahí Hirteo en lugar de Hirtaco.

Excesiva fidelidad a Grimal es la que le hace reproducir en boca de Paris<sup>30</sup> toda la leyenda de los Pelópidas (basándose en «Agamenón», «Atreo», «Clitemnestra», «Egisto», «Tiestes», etc.) hasta el reconocimiento de Egisto y Tiestes por la espada, dato éste que está en Apollod. *Ep.* II 10 ss. e Hyg. *Fab.* 88, pero estamos seguras de que no ha consultado estas fuentes, máxime cuando el de Higino es un texto prácticamente único, coincidente con Soph. pp. 127, 146, 161 y 231 Nauck, que en modo alguno ha leído.

Algo similar es lo que podemos decir de la información que Casandra proporciona a su hermano Héctor<sup>31</sup> sobre Tenes, epónimo de la isla de Ténedos y las razones que le llevaron allí, pues sin temor a equivocarnos podemos afirmar que García Aguilar no ha consultado Plut. *Qaest. Gr.* 23, 297F para hablar de que *Tenes muere a manos de Aquiles por defender a su*

---

<sup>28</sup> Como ya dijéramos en G. Boccaccio, *Genealogía de los dioses paganos*, ed. preparada por M.<sup>a</sup> C. Álvarez y R. M.<sup>a</sup> Iglesias, Madrid 1983, p. 400, n. 274, el texto de XXIV 251 dice δῖον ἄργουόν. Los manuscritos y comentaristas de Homero dudan entre cuál de estos dos términos es el nombre propio y cuál el epíteto. Cf. las ediciones de Allen, *Homeri, Ilias*, Oxonii 1931, que defiende la lectura δῖον Ἄργουόν, que es la que Boccaccio ha aceptado, y la de Mazon, *Homère, Iliade*, París 1970, t. IV, que acepta Δῖον ἄργουόν, lectura que cuenta además con la autoridad de Ferecides, razón por la cual ha sido la más seguida. En cuanto al carácter de bastardo o legítimo, suscribimos las palabras del propio Boccaccio, *G.D.* VI 42: «De qué madre fueron concebidos o qué pasó después con ellos, ni lo dice Homero ni lo encuentro relatado en otro lugar».

<sup>29</sup> En la p. 124.

<sup>30</sup> A lo largo de las pp. 111-113.

<sup>31</sup> En la p. 99.

hermana Hemitea, sino que se sirve del «Tenés» de Grimal, donde aparecen mezclados los datos extraídos de Apollod. *Ep.* III 23 y del autor de Que-rona.

Por último, señalaremos que, puesto que en el artículo «Paladio» de Grimal no hay una clara indicación de en qué momento se roba la estatua (si bien puede deducirse que es en los últimos días de Troya), García Aguilar cae en un anacronismo al hacer que Corino se sorprenda de «la indiferencia de Héctor ante el robo del Paladio»<sup>32</sup>, cuando tal robo en toda la tradición mitográfica tiene lugar cuando Héctor ya no vive. La atenta lectura de ese artículo le sirve al «poeta-testigo» para recordar el intento fallido de Ulises de asesinar a Diomedes, a fin de que el Tídida, auténtico realizador de las hazañas compartidas y en especial de ésta, no se lleve la gloria, algo que conocemos por unas obras mitográficas tan específicas como las *Narraciones* (34) de Conón o los léxicos de Suidas y Hesiquio, a las que sin duda el autor murciano no ha recurrido por no serle de fácil acceso.

3. No queremos terminar sin reiterar que *Clama el silencio* tiene más luces que sombras, ya que en su conjunto nos hace más cercana la Troya épica con unos personajes que sienten, aman, sufren, tienen rencillas, pelean y reflexionan sobre la guerra y la muerte. Es evidente que la *ποίησις* prescinde de la finura filológica, pero el autor no pretende contar lo sucedido sino su Troya imaginaria, con las grandezas y defectos de unos héroes a los que humaniza.

---

<sup>32</sup> Cf. p. 162.